

El mito de Narciso y la Dermatología Estética



Aurora Guerra Tapia

Profesora titular de Dermatología. Departamento de Medicina. Facultad de Medicina. Universidad Complutense. Madrid. Jefa de Sección de Dermatología. Hospital Universitario 12 de Octubre. Madrid. Profesora de Dermatología. Universidad Internacional de La Rioja (UNIR).

La mitología es una fuente inagotable de referencias. De ella han surgido nuevos vocablos, alegorías con aplicaciones morales, sabiduría popular práctica y metáforas de la vida. Es tan extensa y versátil su condición que incluso podemos relacionar algunos de sus personajes con enfermedades o trastornos psíquicos notorios como el complejo de Electra o de Edipo.

¿Ocurre también con el mito de Narciso?

Narciso (Νάρκισσος) es un hombre joven, hasta tal punto hermoso que todos los que le conocen se enamoran de él. Sin embargo, vanidoso, se muestra esquivo en el amor. Así lo entiende Lucio Flavio Filóstrato, sofista griego (160-245 d.C.) llamado el Ateniese y el Viejo, cuando en su obra *Cuadros* dice acerca de las representaciones del mito:

No puedo afirmar que la mirada de Narciso sea la de un hombre que ama con pasión. Más bien parece dulcificado por no sé qué languidez voluptuosa. Podría estar imaginando que es amado de la misma forma que él ama, de la misma forma que le ama su imagen cuando él la mira.

La ninfa Eco está cautivada por su belleza. Pero Narciso la desprecia lleno de soberbia y engreimiento. La desolada ninfa, loca de tristeza se oculta en una cueva y allí se consume hasta que sólo queda su voz: el eco.

Para castigar a Narciso por su vanidad, Némesis, diosa de la venganza, hace que al ver su propia imagen reflejada en el agua cuando va a calmar su sed, caiga extasiado por la perfección de su propio reflejo. Y así queda absorto, embelesado, sin atreverse a beber, incapaz de apartarse de su imagen a la que ama (fig. 1).

El bello efebo pretende seducir al hermoso joven sin darse cuenta de que se trata de él mismo, hasta que intenta besarla y comprueba cómo su imagen se desvanece en las ondas del agua.

Abatido, prendido en su amor, Narciso muere. En el lugar donde su cuerpo cae crece una hermosa flor que da honor a su nombre y su memoria.

El poeta romano Publio Ovidio Nasón (43 a. C.-17 d. C.), en su obra en verso *Las metamorfosis* que recoge relatos mitológicos del mundo griego adaptados a la cultura latina, relata el mito con extraordinaria belleza. He aquí un fragmento que no me resisto a transcribir:

El muchacho, cansado del esfuerzo de cazar y del calor, se postró sobre el agua. Y mientras su sed, sedar desea en el manantial, otra sed le crece. Y mientras bebe, es arrebatado por la imagen de su propia hermosura. Una esperanza ama: cuerpo cree ser lo que onda es. Así se desea, impruden-



Figura 1. *Echo and Narcissus*, de John William Waterhouse. Walker Art Gallery (Liverpool, Inglaterra).

te, y mientras busca, se busca, y a la par enciende y arde.

De esta historia surgen, como al principio sugeríamos, vocablos de diferentes significados. La Real Academia Española define «narciso» en su segunda acepción como: «hombre que cuida demasiado de su adorno y compostura, o se precia de galán y hermoso, como enamorado de sí mismo». Y «narcisismo» como «la excesiva complacencia en la consideración de las propias facultades físicas o psíquicas». En Psiquiatría se diagnostica de «trastorno narcisista de la personalidad» a aquel que sobrevalora sus cualidades y, por este motivo, no es capaz de empatizar con el resto de personas al pensar que solo él es digno y perfecto. Y por último, de la vinculación etimológica del término *narké*, flor del narciso en el antiguo griego, aparecen las palabras «narcosis» y «narcótico», «que produce sopor, relajación muscular y embotamiento de la sensibilidad». Un efecto fatal para

los narcisos, que quedan adormecidos por su propia belleza.

En Dermatología y en otras especialidades médicas estos pacientes se consideran invulnerables. No siguen las recomendaciones porque se creen por encima de cualquier riesgo. Y en esa auto-complacencia está el peligro.

Pero los que realmente recurren de forma intempestiva a la Dermatología Estética son los antinarcisos, es decir, los que siempre se encuentran defectos, irregularidades en su piel, en su cara y en su cuerpo, los que caminan de un especialista a otro, contumazmente, sin encontrar solución a sus problemas. Son los afectados por un trastorno dismórfico corporal definido en el *Manual Diagnóstico y Estadístico de los Trastornos Mentales* como «la preocupación excesiva por un defecto corporal inexistente o de escasa entidad, que se relaciona con una alteración de la imagen corporal».

La prevalencia de esta perturbación va en aumento. Según la revista *Psychology Today*¹, el nivel de

insatisfacción con la propia imagen aumentó de un 25 % y 15 % en mujeres y hombres, respectivamente, en 1973, a un 56 % y 43 % en 1997. Para evitar estímulos perniciosos, la ley audiovisual publicada en el Boletín Oficial del Estado el 1 de abril de 2010 prohibió en horario de protección al menor las comunicaciones comerciales que promueven el culto al cuerpo y el rechazo de la autoimagen.

Es evidente que el ideal estético que propone la sociedad actual es difícilmente alcanzable. También es cierto que la Dermatología Estética aumenta el bienestar emocional y que conseguirlo de forma óptima es la misión de los profesio-

nales. Pero la importancia que se da a la apariencia física debe ser mesurada para evitar consecuencias psicológicas adversas en personalidades inseguras. Los valores morales y la aceptación de uno mismo son la salvaguarda de una adecuada salud mental.

Lo contrario de lo que decía Salvador Dalí, en un alarde de sarcasmo:

«La estética antes que todo, y la ética la voy mejorando.»

BIBLIOGRAFÍA

1. Garner D. Body image survey. Psychol Today. 1997;30:30-44.